ÉTICA MUNDIAL Y EDUCACIÓN

HANS KÜNG
Teólogo. Presidente de Global Ethic Foundation

GERARDO MARTÍNEZ CRISTERNA
Escritor y ensayista. Presidente de la Fundación Hombre y Mundo

Nos encontramos en una sociedad que se extingue en sus propios problemas y si continuamos así pronto las guerras, los conflictos económicos, los problemas ecológicos, las intolerancias religiosas y culturales nos llevarán a la destrucción. Por todo esto es que las empresas, los políticos, las religiones y todos aquellos que ejercen el poder, deben prestar atención a los movimientos que incitan al respeto mutuo. Ello nos llevará a pensar de manera distinta y actuar conforme con lo que el hombre merece, es decir, antes de seguir pensando que éste es un medio para lograr un dominio técnico, es aquello que le da sentido al mundo, es el fin mismo de su entorno. Para lograr el bienestar social debemos contar con acuerdos en los que se respeten las necesidades y los principios de cada sociedad e individuo, de manera que los rasgos comunes que se encuentren no violenten las diferencias. Necesitamos acuerdos fundamentales en los que se respeten las diferencias, lo que supone avanzar hacia una nueva dimensión de lo humano, es decir, implica reconocernos más humanos que nunca. Debemos asumir una ética mundial que mantenga un diálogo permanente para generar la confianza entre las partes y un programa político que logre una verdadera equidad económica entre los ciudadanos. La ética mundial apela a lograr un nuevo orden mundial a partir de la posibilidad de erigir acuerdos comunes que vinculen los valores de las diferentes sociedades.

HANS KÜNG

Nacido en 1928 en Sursee (Suiza). Teólogo y sacerdote católico. Catedrático emérito de Teología Ecuménica de la Universidad de Tubinga y doctor en Filosofía y en Teología, que estudió en la Universidad Gregoriana de Roma y en la Sorbona de París. Perito invitado en el Concilio Vaticano II por el Papa Juan XXIII. Colega de teólogos de esta época como Karl Rahner, Hans Urs Von Batlhasar y Joseph Ratzinger. Fue inhabilitado para la docencia por la Congregación para la Doctrina de la Fe –ex Santo Oficio– en 1980. Su trabajo se ha reflejado en una vasta obra, cuyo denominador común es el fomento y consolidación de una nueva **Ética Mundial** basada en *mínimos comunes* que vinculen los valores de las distintas culturas y religiones del mundo. A partir de ella es posible iniciar un diálogo real entre todas las sociedades, al reconocer la responsabilidad total que tenemos todos los seres humanos con el otro como principio elemental para combatir la injusticia.

GERARDO MARTÍNEZ CRISTERNA

El licenciado Gerardo Martínez Cristerna, presidente de la Fundación Hombre y Mundo y de la Fundación Ética Mundial de México, es autor de diversos libros en torno a las complejas relaciones entre ética aplicada y los fenómenos interreligiosos e interculturales y busca por medio de ellos el fomento de una ética de la responsabilidad –tanto individual como social– de cara al siglo XXI. Ha desarrollado una importante labor como ensayista y articulista en los más prestigiosos periódicos de la Republica Mexicana –*Reforma*, *El Heraldo de México*– así como en revistas nacionales e internacionales de cultura, filosofía y empresa, entre las que se cuentan la *Revista de Filosofía* de la Universidad Intercontinental, *Revista de la Comisión de Derechos Humanos*, *MITT*, *Expresión Espiritual*, *Mundo Ejecutivo* y *Revista Observaciones Filosóficas*, donde además es miembro del Consejo Editorial Internacional.

ÉTICA MUNDIAL Y EDUCACIÓN

HANS KÜNG
Teólogo. Presidente de Global Ethic Foundation

GERARDO MARTÍNEZ CRISTERNA
Escritor y ensayista. Presidente de la Fundación Hombre y Mundo

No cabe la menor duda de que el mundo atraviesa por una crisis sin precedentes; el planeta está siendo destruido y esto conlleva la posible extinción de la especie humana. Es por ello imperativo crear un nuevo orden mundial para los retos del futuro.

Pero un nuevo orden mundial no será posible si no definimos una ética para todos. Sin distingos sociales, religiosos, culturales o raciales, somos todos responsables del destino del mundo. Nada debería obstaculizar nuestra lucha juntos en favor de los que aún no han llegado, sin olvidar a los jóvenes y niños que desean vivir, que imploran oportunidades para abrirse camino en tiempos en los que nadie se entiende, en los que prevalece el individualismo a ultranza y no enfrentamos con seriedad las implicaciones sociales que supone la mentira entre los hombres.

Las culturas caen cuando se sustentan en la pereza, en la indiferencia; cuando nuestras capacidades están reducidas al mínimo posible y no podemos lograr nuestras metas. Las respuestas lógicas a esta actitud son la desconfianza para organizar el porvenir y el convencimiento de que no se posee la capacidad de unificar problemas para pensarlos y crear soluciones; pensar que no se puede ordenar el caos en que vivimos y que sólo podemos esperar el final, disfrutando únicamente el día a día.

Sin duda es necesario realizar una reconstrucción del pensamiento, asumir nuestro deseo de vivir para no bajar la guardia, buscar nuevos rumbos sin repetir las tristezas y depresiones del pasado. Hombres y mujeres necesitamos una reconsideración para tomar nuevas fuerzas y afrontar el futuro con dignidad, verlo como un horizonte de acción, de creación de una nueva forma de pensar, ser responsables de nosotros mismos, incrementar las posibilidades de transformación y asumir un mayor compromiso de acercamiento, de relación inmediata con el mundo y con quienes lo habitan.

Debemos reconocer, frente a la educación de la juventud en estos tiempos, que existe una desorientación en los valores; hemos perdido la confianza en las costumbres, tradiciones y leyes que durante mucho tiempo ejercieron influencia en la conducta humana y contaron con el respaldo de la religión, la política, la familia y, en general, de la sociedad. Esto ha provocado una crisis en las verdades que se consideraban inmutables, porque eran establecidas por dogmas religiosos, políticos o económicos. La gran provocación de esta profunda crisis en la que el hombre se encuentra sumergido fue, sin duda, la muerte de Dios desde la filosofía, que ha cambiado el rumbo del pensar y ha abierto un horizonte nuevo para la humanidad.

El famoso parágrafo 125 de *La gaya ciencia* de Nietzsche no sólo se refería al dios cristiano; más bien, de manera primordial, hablaba de romper con la imagen de los discursos jerárquicos o de poder que han permeado la historia de la humanidad, dejando a las periferias o a los *subordinados* sin posibilidad de ser vistos como humanos sino como máquinas de producción.

Se han vuelto endebles todos los sistemas rígidos con estructura totalitaria, en tanto que no soportan la introducción de elementos que pongan su base en tela de juicio. Hacen pensar que lo dicho –o impuesto– por los que ejercen el poder no puede ser visto desde otra perspectiva, no puede ser pensado o asimilado de otra forma en beneficio de todos.

Tampoco debe desestimarse la influencia de la sobrevaloración del dinero y la moda en un mundo en el que se ha hecho imprescindible la construcción de una estética del Yo, donde todo lo material se convierte en útil, donde olvidamos atender los problemas con resonancias humanas para atacar la profunda crisis en que vivimos y que pone en peligro al planeta y a los seres humanos. La mayoría de nuestras relaciones es económica, porque esperamos obtener una remuneración para satisfacer nuestro ego, sin escuchar a los demás y a *lo otro* que nos rodea.

La propuesta de una ética para todos busca un cambio en la mentalidad de los hombres y las mujeres, con el fin de evitar guerras, miseria y surgimiento de figuras que continúen abusando de su poder sobre los más carentes. Para lograr un cambio de esta envergadura, hemos de empezar por encontrar los principios éticos que comparten las diferentes sociedades, incluyendo, por supuesto, las religiones. Necesitamos ver y escuchar lo que acontece y nos afecta, para asumir una actitud responsable frente al mundo. La responsabilidad exige hacerse cargo de lo que sucede a nuestro alrededor, respetar la perspectiva del otro y aceptar que todos nuestros actos generan consecuencias que afectan a los demás. Si continuamos pensando en nosotros mismos sin escucharlos, si los marginamos hasta la desesperación, muchos de ellos se levantarán provocando lo que los medios de comunicación reportan a menudo: robos, asesinatos, e incluso lo que los estadounidenses llaman terrorismo y que no es otra cosa que una respuesta de odio contra quienes los han marginado y olvidado por vivir fuera de los discursos hegemónicos.

La vida, en cualquier circunstancia, se disfruta, sin importar los sufrimientos que por lo regular plantea; pero aun así no podemos olvidar que el mal se ha convertido en el gran problema de los hombres y las mujeres y que ha sido una constante a través de la historia. Se refleja en los rostros de la miseria, la corrupción, el narcotráfico, las mentiras de los políticos, economistas, sacerdotes y, por desgracia, muchas veces de los educadores en cuyas manos se encuentra el futuro de la juventud. Se trata de ver y escuchar hacia el futuro, con la convicción de que ciertos acontecimientos sociales que nos afectan puedan encontrar solución o convocar acuerdos que contemplen las necesidades conjuntas de la humanidad, con propuestas en las que todos tengamos voz. No podemos rendirnos a pesar de la severa crisis que enfrentamos. Antes de claudicar en nuestros intentos por responder a los problemas que nos afectan, debido al egoísmo en que estamos sumergidos, pensemos en las personas que educamos y el futuro del mundo.

Aunque parezca imposible que podamos compartir algún día valores éticos que nos unan, la sociedad en general reclama retomarlos y formar una responsabilidad social, mediante la herramienta que nos brinda la filosofía, la cual puede hacernos entender que somos responsables del sentido y del itinerario del mundo.

La filosofía que surge en el siglo XXI acepta, de alguna manera, la diversidad, la pluralidad, la complejidad, la incertidumbre, deja de lado los discursos dogmáticos y hegemónicos y nos invita, por tanto, a la reflexión que puede originar una práctica común, donde la tarea cotidiana sea la búsqueda y el ejercicio de una libertad responsable que nos lleve a uno de los principios éticos más anhelados: el respeto mutuo. Debemos partir de nuestra propia conciencia, atendiendo a nuestra capacidad para reflexionar sobre nuestras posibilidades reales de aportar a la construcción de una ética mundial. Y ésta es una tarea que tendremos que hacer entre todos.

Una práctica común como puede ser una ética mundial podría considerarse pretenciosa y difícil de lograr; sin embargo, no deja de ser imperiosa la exigencia que se nos presenta de reparar el cúmulo de tonterías que han originado la cada vez más cercana probabilidad de extinción de la raza humana. Nos urge encontrar principios inquebrantables para el trato humano y social, como una nueva forma de actuar y pensar, al respetar las diferencias que se presentan en la realidad cósmica, la armonía cultural y la apremiante necesidad de dialogar para lograr acuerdos que se reflejen en realidades que mejoren nuestras perspectivas. Estas pretensiones serán posibles por medio de una educación global, continua, garante de las ba-

ses de respeto que nos merecemos y comprometida con la conservación de la naturaleza y con los hombres y las mujeres de todos los rincones del mundo.

Tendremos que colocar a la ética en el rango de una obligación existencial interiorizada en nuestros actos, para afrontar todas las relaciones sociales. Hagamos que la ética mundial permita que todo trato humano y mundial pueda ocurrir sin violencia, para conveniencia de todos, como resultado de nuestros diálogos. Con el fin de enfrentarlos necesitamos tener el valor de mirar a los otros a los ojos, desearles paz y demostrarles que todavía hay una luz para vivir en el mundo y que podemos dejar un lugar mejor a nuestros hijos. Para lograrlo es necesario que hagamos algo por los demás. Esto es posible y además necesario para conservar la vida y nuestra casa, el planeta Tierra.

No habrá paz entre naciones sin paz entre religiones; no habrá paz entre religiones sin diálogo; no habrá diálogo entre religiones sin normas mundiales éticas; no habrá supervivencia de nuestro globo sin una ética mundial. La ética exige su realización no sólo en ámbitos meramente académicos, teóricos, sino en aquellos que palpamos a diario sin que importe cualquier jerarquía preestablecida por las aulas o por las burocracias del pensamiento. Para la educación, en el trabajo, en la economía, en la empresa, en las prácticas sociales diarias, en el derecho, la ética se convertiría en la unión de todos para el beneficio de todos, porque su aplicación está centrada en el horizonte de la vida diaria y se dirige a todos aquellos que viven y actúan en el mundo.

Será necesario, para una ética mundial, asumir retos y lograr que las empresas, políticos, religiones e ideologías concentren su atención en los movimientos que inciten al respeto mutuo. Llevar a la realidad, por medio de las leyes vigentes, las propuestas éticas para que en el mundo se transformen las relaciones con todos, pero sobre todo, con los que han carecido de oportunidades y sufren el sometimiento de los egoístas que sólo pueden actuar con individualismo y falta de interés por la comunidad y sus visiones unitarias. En estos tiempos se ha arraigado el egoísmo en nuestra sociedad. Por ello será necesario encontrar valores en la humanidad que surjan de preceptos y prácticas de las diferentes religiones del mundo y de la historia de la educación realizada por las diversas culturas. Se requiere de una visión de convivencia pacífica de los distintos pueblos, de los grupos étnicos y éticos y de las religiones, en pro de una responsabilidad común para con nuestro planeta y los seres humanos. Semejante visión se basa en esperanzas, objetivos, ideales, dimensiones todas ellas que muchos hombres diseminados por el ancho mundo han perdido de manera gradual. Se trata de tomar conciencia de lo que en realidad podemos hacer por los demás y llevarlo a cabo. Debemos poner atención a todo lo que nos une, es decir a las finalidades comunes que nos engloban y no a las diferencias que nos separan. Una ética con estas características no pretende solucionar de frente los problemas mundiales, sino que exige que cambiemos nuestra actitud, que transformemos nuestras formas de vivir día a día, por medio de la acción.

Es necesario que creamos que esto es posible y que luchemos juntos por el diálogo y los acuerdos, porque una sociedad que pierde las esperanzas es una sociedad que ha muerto antes de que la maten.

El diálogo pone en el mundo el acontecimiento ético y responsable por excelencia, porque éste se da en la sociedad en el mismo momento en que el diálogo sucede. El diálogo es la actividad de comunicación que ha acompañado al hombre y a la mujer a través de la historia. Es la forma de inten-

tar entenderse entre unos y otros, con un sinnúmero de acuerdos, como símbolos, mitos, palabras, conceptos, lenguajes, constituciones, leyes, reglamentos, contratos, etcétera. Sin embargo, pese al enorme trabajo que ha significado la construcción de sistemas de comunicación, los resultados históricos en general no han sido lo que las mayorías han querido, a pesar de los esfuerzos éticos de las religiones y las culturas. Los resultados reflejan pobreza extrema en las mayorías, y poder ejercido de manera egoísta por unos cuantos. Lo alarmante es que en estos tiempos se ha puesto al mundo en una situación agónica; el planeta está siendo destruido y los hombres y mujeres viven un temor constante. Todo esto es terrible para unos y otros.

Para transformar las perspectivas que se nos presentan, es necesario radicalizar el diálogo, pero no con un fusil, no con violencia, no con guerras, no con egoísmos, sino con colaboración, entendimiento y respeto, a la espera de los resultados que en realidad ha anhelado la humanidad a lo largo de la historia. Éstos tienen que ser palpables, como en una empresa comercial, donde la utilidad es la finalidad, o como sucede con un deportista, quien tras entrenar consigue la superación y los logros de su esfuerzo.

En la agenda de la humanidad no deben aparecer la pobreza, la inseguridad, la tristeza de las mayorías y la falta de oportunidades. Se requiere de muchas cosas, que deben ser la solución, el resultado de una convivencia pacífica en la que la ética y la responsabilidad sean el camino para lograr los anhelos soñados. Dialogar no significa sólo hablar, también quiere decir escuchar al otro, entenderlo desde donde habla, respetar su posición cultural, que no es lo mismo que respetar sus caprichos. Cuando nos hablamos a nosotros mismos, entramos en un monólogo en el que prepondera el individualismo y nos olvidamos de los demás. Al hablar, hombres y mujeres comparten sus pensamientos, nos dan algo de ellos que no conocíamos y los otros, en el diálogo, deben escucharlo para comprender, conocer y concretar el propio diálogo y llegar a resultados generados por acuerdos. Un diálogo verdadero afirma las diferencias que nos muestra la naturaleza, el cosmos, en lugar de la violencia que representa el estar siempre preparados para sacar el mayor provecho de nuestras relaciones, en contra de afirmar el respeto que cada uno de nosotros merece. Al respetar a los demás nos mantenemos en una relación verdadera en la que no se etiqueta a nadie, sino que nos integramos a todos.

La ley de oro señala que nadie puede tratar a los demás de la forma que no le gustaría ser tratado, porque no se puede olvidar el hecho de que no estamos solos y dependemos los unos de los otros.

Toda la humanidad es nuestra familia, no sólo quienes están cerca de nosotros y llevan nuestro apellido. Es por ello que tenemos que respetar la dignidad de las personas al respetar la vida de los otros.